

Se desmorona el símbolo de la división europea

Krenz reconoce que las reformas de los comunistas son para recuperar la confianza popular

El PC promete elecciones libres y un Gobierno de coalición en la RDA

Berlín Este, Efe. El presidente de la República Democrática Alemana (RDA), Egon Krenz, afirmó ayer que a través de las elecciones libres «entrarán a formar el Parlamento los mejores» durante su intervención ante una manifestación organizada en Berlín Este por el Partido Socialista Unificado (SED, comunista). Krenz aseguró

que el SED, del cual es también secretario general, está a favor de las renovaciones democráticas, la libertad de viajar al extranjero, la de prensa y modificaciones drásticas en la Administración. «La apertura de las fronteras internacionales», señaló, «es una prueba de que el partido toma muy en cuenta la política de renovación y echa una mano a los que lo necesiten».

En la manifestación, Krenz fue aplaudido cuando afirmó que había aprendido la lección de los que le decían que dejase salir a la gente y los ciudadanos decidirían no escaparse de la RDA. El dirigente subrayó que en «esta frontera sensible de Europa, en la cual se juntan el socialismo y el capitalismo, tienen que vivir ambas partes pacíficamente y como buenos vecinos. Ya llegó la hora, de que se establezca esa frontera y se mantenga en paz».

Al referirse al programa dado a conocer su partido afirmó que es un proyecto de acción con el que los comunistas pretenden «volver a ganar la confianza popular». El comité central del Partido Socialista Unificado de Alemania del Este acordó la celebración de elecciones libres en la RDA, así como la creación de un Tribunal Constitucional, reformas administrativas y económicas, libertad para los medios de comunicación y pluralismo político. Así se refleja en el anunciado programa de acción del SED, aprobado al término de la reunión de tres días celebrada por su comité central, en la que se decidió también el cese de varios altos cargos del ala dura y el inicio de investigaciones para castigar los casos de corrupción y abusos de poder.

«Somos partidarios de un derecho electoral que garantice unos comicios libres, generales, democráticos y secretos (...) Somos partidarios de un Gobierno democrático de coalición. Defendemos la actuación de las nuevas asociaciones políticas sobre la base de la Constitución y buscamos el consenso con ellas», indica



Un de las interminables colas formadas en Berlín Este para conseguir el visado.

el documento. Además de «proponer la creación de un Tribunal Constitucional», el comité central considera urgente que la asamblea popular promulgue nuevas leyes sobre «la libertad de asociación, libertad de reunión, legislación electoral, medios de comunicación y la reforma del Código Penal».

El comité central apuesta por «un cambio de la política económica, ligado a una reforma» cercana a la economía de mercado, con incentivos para las iniciativas y los altos rendimientos.

Sólo dos días después de su elección, el nuevo buró político

del Partido Comunista perdió ayer a uno de sus once miembros titulares y a tres de sus seis suplentes, acosados por la presión popular y porque las bases les retiraron su confianza.

Es una evidencia de la profunda crisis y el fuerte acoso a que se sometida la cúpula del régimen y la fragilidad de las decisiones que toma bajo la presión del pueblo en la calle.

«El giro comenzó en la calle, mientras nuestro partido gobernante, en vez de actuar con consecuencia y responsabilidad, sólo aceleraba con tardanzas y titubeos la pérdida de su credibili-

dad», destacó el reformista propuesto para primer ministro Hans Modrow ante los dirigentes del SED. El casi seguro futuro primer ministro de la RDA abogó, por ello, por un Gobierno «no sólo con caras nuevas, sino, ante, todo, con una nueva calidad y una nueva estructura», y en el que «se refleje de modo convincente» la política de coalición del partido.

Modrow centró su «cuasi» declaración de Gobierno en una profunda reforma económica, que pase por el desmantelamiento del aparato de planificación y dirección central.

Berlín, Berlín

Luis MEANA

Lo mismo que en la lotería hay números bonitos como el 15, en la historia hay días bonitos como el nueve, en los que a uno sencillamente le toca. El 9 de noviembre es una de esas fechas en las que es tradición que a Alemania le toque. Hay muchos nueve de noviembre importantes en la historia alemana. Aunque nadie lo sabía ni menos se lo imaginaba, el 9 de noviembre de este año era uno de esos nueve destinados a salir en el sorteo, y a salir por lo grande. Es difícil explicarle a un español lo que ha supuesto para los alemanes «de acá y de allá» la ya histórica noche del 9 de noviembre. Por dibujarla con parámetros históricos, una mezcla de día de la lotería de Navidad y de noche de la muerte de Franco. Siendo totalmente distinta, la noche del 9 de noviembre se pareció mucho a aquella larga noche en que TVE llenó España de pingüinos, que esperaban también, en medio de los partes del equipo médico habitual, la muerte de Franco.

Lo más curioso del caso actual es que todo llegó con la sigiliosidad que se les supone sólo a los fantasmas. Una conferencia de prensa, una más de las muchísimas de los últimos días, del miembro del Politburó Schawomski, que transcurrió sin aparentes sobresaltos. Ya casi al final, y como quien va a decir algo meramente circunstancial o insignificante, y como sin quererlo, recoge un papel que había quedado como olvidado en un lado de la mesa, y lo lee en alto con esa monotonía y desgana con la que leen sólo los hombres y mujeres del tiempo. A la lectura siguieron, aún, un par de preguntas de más o menos rutina, y ahí se acabó todo. La conciencia de la dimensión del acontecimiento empezó a expandirse cuando la noticia quedó fijada e impresa. Por primera vez, en diez años, ha visto uno suspenderse de inmediato la sesión del Parlamento, por primera vez en diez años ha visto uno suspenderse un programa de TV en marcha para incluir una conferencia de prensa del canciller Kohl; por primera vez en diez años comenzaron a pasar muchísimas cosas impensables para un esquema y una conciencia prusiana. Una o dos horas más tarde había ya gente de Berlín Este abriendo botellas de champán en Berlín Oeste, viejecitas jubiladas dándole chocolate a los visitantes, alemanes abrazándose, contra la inclinación natural que sienten a guardar las distancias, y se producía la imagen aquella del policía del Oeste que pasa el puente y se va al colega de enfrente a decirle: «Tanto tiempo viéndonos desde la distancia, ahora que tengo la oportunidad me gustaría darte la mano y saludarte personalmente».

La noche histórica se iba llenando así de historias, de pequeñas historias de emoción, lágrimas, memoria, dolor de espera, sorpresas, la emoción de salir de la jaula impuesta a pisar lo prohibido, la emoción de cantar todos, ya juntos, la apertura de tantas cosas. La simbólica puerta de Brandeburgo, la famosísima Alexanderplatz, la tradicional Kurfürstendamm, se fueron llenando de gentes que venían, después de veintiocho años, a ver todo eso de nuevo y que volvían, llegada la mañana, al Berlín respectivo para irse, con la habitual conciencia prusiana que caracteriza a los lugareños, al trabajo. Símbolos que son mucho más que piedras o paseos, símbolos de la personalidad, la cultura y la historia de Berlín. En una palabra, una ciudad entera recobraba la mitad de su esqueleto, y con ella la mitad del alma.

Esa noche despertaron casi todos los fantasmas vivos y casi todos los fantasmas muertos de la historia pasada reciente, y paciente, de Alemania. Se reabría, esta vez de forma ya real, la llamada cuestión alemana, o desaparición del muro se esconde mucha más confusión de la que se revela. Hay peligro de que el lector occidental normal crea que con la caída del muro y la porosidad de un telón que se creía de acero haya quedado todo visto para sentencia, que todo será ya rutina o mera consecuencia.

Por decirlo así, habría que diferenciar tres fases o niveles distintos en la denominada cuestión alemana: la fase berlinesa, la fase alemana y la fase geoestratégica del problema. A lo que, entre sentimientos, lágrimas, y emociones asistimos ahora es a la fase berlinesa del acontecimiento. Lo que la importantísima permeabilización del muro significa es el reco-

nocimiento y aceptación de la libertad de movimientos de los ciudadanos, la posibilidad de escoger donde se quiere vivir, y la opción entre la huida, la permanencia o la simple ventilación. A lo que estamos asistiendo es a la recuperación de la movilidad-libertad de una ciudad, de un estado y de unos ciudadanos. Lo que siendo mucho, no lo es todavía todo.

Una fase ya más honda y compleja del problema es la que se puede llamar la fase alemana de la cuestión. Lo que se discute es la búsqueda de un modelo histórico para la nación alemana. Se busca y se trata de capturar el modelo apropiado, aceptable y conveniente de lo que podría o debería ser, en el futuro, Alemania: Si un estado único reunificado y unido, sea de corte bismarckiano o no, si algún tipo de unificación que no imponga necesariamente la desaparición de uno de los dos estados, si dos estados separados de la forma como hoy están separadas la Alemania actual y Austria, si una separación de otra forma, o algún otro modelo original aún desconocido para Centroeuropa. Las ideas están mucho más divididas de lo que parece como ha habido ocasión de comprobar, una vez más, en los últimos días. Existe una gran diversidad y desacuerdo, inseguridad y oscuridad sobre lo que podrá ser y será la llamada reunificación alemana, y si será o no será algún día. No sólo está oscura la cara o el aspecto que tendrá el modelo sino también, y sobre todo, la imaginación de los que están llamados a perseguirlo: Cristianodemócratas y socialdemócratas tienen ideas distintas, metas distintas y figuraciones distintas del proceso. Diferencias que se han hecho, una vez más, patentes en la gran manifestación de ayer frente al Palacio de Schönberg con Brandt, Momper, Kohl y Genscher. Al margen de todo lo que pase y de todo lo que pueda pasar, una cosa está bien clara: Que el destino y el futuro alemán no es cosa que será decidida por los alemanes.

Queda, por fin, a un nivel aún más profundo, el aspecto geoestratégico del problema. Hay una tendencia indiferenciadora e ingenua a confundir lo ideológico con lo geoestratégico. Una cosa es la caída del comunismo o del socialismo como sistema y otra cosa, muy distinta, la desaparición de los intereses geoestratégicos. En este punto, tanto la una como la otra Alemania están profundamente afectadas. El muro ha caído a nivel de movimiento, pero no a nivel de pertenencia. Ese hecho ha sido ya recordado suavemente, pero meridianamente, por la Unión Soviética, que ha tratado de espantar confusiones y sueños. Una cosa es la etapa humana y folclórica del proceso, que es a la que estamos asistiendo y que nadie tiene interés en detener o en perjudicar porque, por lo demás, es absolutamente vital para la supervivencia misma del bloque oriental, y otra muy distinta la etapa geopolítica. En este punto, hay muchos más intereses ocultos de los que, en esta hora de alegría, ilusión y nueva motivación, aparecen. Y no sólo, como ingenuamente se cree, por parte de la Unión Soviética. Hay mucha más oscuridad, inseguridad y muchos más miedos de los que aparecen en las cancellerías aliadas. Y hay una inclinación gratuita y extraña a identificar reunificación con Alemania unida, occidental y atlántica, lo que, por supuesto, no es, al menos de momento, ni aceptable ni asimilable para la otra superpotencia.

Estamos y está todo, pues, en una fase o etapa más bien de conjetura y de pensamiento. La todavía precaria caída del muro abre, más que cierra, la llamada cuestión alemana. Queda mucho por pensar, por realizar y acordar antes de que lleguemos a un estado real de caída absoluta de muros, barreras o fronteras. Las fronteras intelectivas son aquí, como en todo, mucho más fuertes e invisibles que las visibles y reales. Los acontecimientos del 9 de noviembre han derrumbado parte de ambas, pero quedan las partes más difíciles y duras de derruir y de reconstruir, que no son las que están hechas con piedras. Lo que se exige en esta alegre hora histórica es lo que ya han recomendado o exigido las voces más razonables y respetables de la república: calma, tacto y cautela. Ni la lógica alegría ni la más lógica emoción hacen desaparecer los riesgos que el proceso por su propia naturaleza alberga y alberga.

Lugones, J. M. CASO

Rolf Bayebach, un alemán oriental de 60 años que vive en Gijón desde 1968, no había podido borrar aún de su rostro el asombro catorce horas después de recibir las primeras noticias sobre el fin del muro de Berlín, ante los acontecimientos que está viviendo su patria. «No lo esperaba ni yo ni nadie», confiesa sin poder ocultar la emoción.

Nacido en 1928 en una ciudad de la zona oriental de Alemania, en Sajonia —llamada antes de la II Guerra Mundial «Chemnitz», hoy «Karl Marx Stadt» (ciudad de Karl Marx)—, es gerente desde 1986 de la empresa industrial Didier, ubicada en Lugones y dedicada a la fabricación de refractarios. Está casado y tiene cuatro hijos.

«Era un proceso inevitable que el muro de Berlín acabara abriéndose».

«Ahora que ocurre, sí. Sin embargo, este acontecimiento histórico no lo esperaba ni yo, ni nadie».

«Sentimentalmente, ¿cómo vio usted las imágenes de sus compatriotas superando la frontera?»

«Con lágrimas en los ojos. Porque todo era tan impensable que necesariamente llega directo al corazón. Imagínese. No es tan fácil dejar la patria y marchar con los bártulos a otro país. Las imágenes de la televisión o los gritos de euforia que escuché esta mañana (por ayer) en la BBC eran como la alegría de los niños que descubren un nuevo mundo».

«¿Qué recuerda de su lugar de nacimiento?»

«Después de la guerra, viajé a mi ciudad de nacimiento. Era un lugar tristísimo porque aquella gente vivía sin libertad. La vida en Alemania oriental era otro mundo, el comunista. Era una vida gris. Todo estaba subordinado al partido uni-

Nació en Alemania Oriental y vive en Gijón desde 1968

Rolf Bayebach: «Todo ha sido tan impensable e inesperado que llega directo al corazón»

co. El deber del ciudadano era trabajar, trabajar y callar. Yo me temía que acabarían consiguiendo un hombre nuevo, después de 40 años de autoritarismo. Pero, con gran sorpresa, veo que no es así.

«¿Por qué «con gran sorpresa»?»

«En la zona oriental pasaron del nazismo al comunismo. No conocieron la democracia. Les implantaron un sistema severísimo en la educación de los niños para la creación de nuevos hombres. En cada casa había siempre un confidente de la policía. Estaban vigilados en la escuela, en el trabajo, en todos los lados. Todos temíamos que si a un chico le educas desde pequeño para ser cien por cien comunista terminaría siendo obediente y moldeable, según ellos. Los enviaban al ejército del pueblo para matar a sus conciudadanos».

«¿Cómo se explica entonces lo que sucede en la RDA?»

«Cuando se celebró el 40 aniversario, mientras Gorbachov y Honecker estaban reunidos en el palacio, me resultó un hecho insólito que la gente se manifestase en la calle. Sólo era explicable por la presencia de Gorbachov. «Gorbi, Gorbi, ayúdenos», decían. Honecker todavía hablaba hace un mes de una campaña internacional contra el sistema de la RDA, mientras Egor Krenz apoyaba la matanza de Tian-Anmén. Hace un mes, la gente que intentaba fugarse al Occidente iba a la cárcel. Hace dos se-

manas, la policía cargó contra los manifestantes. Por más que trabajaban no avanzaban en absoluto. Han estado 40 años bajo la presión del «tu calla y trabaja». Así malvivieron, con escasez de todo, mientras la nomenclatura vivía perfectamente. Esto terminó sabiéndose. Los ciudadanos veían la televisión de Occidente y se dieron cuenta cómo se vivía tras el muro. Esto fue un revulsivo tremendo, pero la gente estaba atemorizada. Luego llegó la «perestroika» de Gorbachov. Y, con posterioridad, los húngaros derriban en septiembre la verja. Justamente el 12 de septiembre estuvimos mi mujer y yo en Baviera y asistimos al comienzo del éxodo. Después vino Polonia. Entonces el pueblo perdió el miedo, pese a que hace solamente 12 días les dieron con la porra».

«¿Qué pasará ahora?»

«Es una situación delicada porque no se debe caer ni en rusos ni en americanos».

«¿Se podrán igualar las economías de las dos alemanías?»

«Creo que sí. Habrá economía de mercado en la zona oriental. Si no ¿para qué van los rusos a América? Han visto que su sistema ha fracasado».

«¿Será un proceso traumático?»

«No puede serlo. Habrá elecciones libres y veremos qué quiere la gente. Hay que reconstruir el desguisado que ha producido el régimen comunista. En Occidente se



Rolf Bayebach.

creía en la reunificación, pero nadie esperaba que se produjese hasta después del año dos mil.

«¿Resurgirá la Alemania de Berlín como la de Bonn tras la Segunda Guerra Mundial?»

«Si han vivido cuatro décadas trabajando como negros sin resultados, pueden perfectamente».

«El proceso de las libertades en Alemania Oriental ¿ha sido más difícil que en otras partes del mundo?»

«Parecido al de España, aunque en Alemania hubo que deshacer una dictadura más férrea que la de Franco. El proceso puede ser parecido al de la transición española. Si permiten elecciones libres, todo irá rápido».

«¿Se plantearía una vuelta definitiva a su ciudad natal?»

«Vivo aquí muy a gusto, y aquí me he afincado».